

El museo deslumbrante

Escribe: **FERNANDO ARBELAEZ**

— X —

Llovió toda la noche y por sobre las hojas de los árboles ruedan las gotas de rocío con tan vivo resplandor, que me parece soñarlo como la misma esencia de lo que existe, como el polen mismo de las divinidades radiantes. Desde lo más alto de este roído abanico de piedra del teatro, a donde me llega el olor de la humedad y el aire delicado de la transparente frescura, puedo mirar el formidable conjunto ya descrito por el poeta: "De la parte superior cuelga una roca y por debajo se extiende el valle cóncavo y escabroso". Entre la roca y el valle está el tiempo. Está la Vía Sacra, que veo ascender como una serpiente que espejea sus escamas de piedra por los derruídos "Tesoros" de los pueblos helénicos, que allí están como testimonios de guerras, de hechos faustos, de calamidades, frente al santuario cuyo trípode precioso sirviera para fundar las bases del derecho desde los tiempos de las dinastías heráclidas. Es una visión inspiradora, es decir: es algo que me conecta con una realidad inmediata que puede representarse con nitidez en el pensamiento.

La pretensión de pensar en este lugar se revela algo así como encender una linterna en medio del universo esplendoroso, pero entiendo que las lecciones de este viejo mundo estuvieron encaminadas a espolear toda noble actividad de la mente y a sacar a flote el trabajo del sueño. El verdadero encanto del pasado está en lo que tiene de porvenir: está en este proceso situado entre las piedras ornamentales y nosotros; en todo lo que vino después de ellas; en esa hambre de los siglos que nos señala el apogeo y las curvas declinantes del pensamiento.

Escribo sobre notas que tomé por la tarde de mi primera excursión al santuario de Apolo. Pero en el momento en que elaboro estas líneas, no puedo alejar de mí esa simultaneidad cultural que me exige ciertas comparaciones y cierta mediación en el discurso. Después de aquel día, me fue dado ver la apadana de Persépolis, los toros alados, el Valle de los Reyes, los bronce hititas, los colosos de Abu Simbel, las pirámides, los dombos de Santa Sofía. Algunos de estos monumentos existieron mucho antes de que el señor de este lugar condujera, en forma de un delphin, a los navegantes cretenses que fundaron las primeras piedras del san-

tuario. De otro lado no puedo olvidar lo que he leído. Porque aquí el tiempo también está en forma de palabra. Existe una poesía y una filosofía que se acomoda a esta arquitectura y a este arte, mejor dicho: el hombre estaba esencialmente relacionado con todo esto; las estructuras arquitectónicas, con las medidas del cuerpo humano; los pensamientos, los mitos, con su alma. Era este el yo griego, puesto que nuestro yo no es más que un sistema de relaciones; no es más que la manera que tiene de conectarse en nosotros el universo. Del descubrimiento de ciertas armonías que existen y entre los términos distantes nace la poesía. La poesía, que era para los griegos la forma escultural de la palabra, así como su arquitectura no fue otra cosa que un aspecto de la epopeya. Entre estas ruinas y nosotros existen unas ideas que conocemos, existe una poesía —un mito— que nos estremece y que va enriqueciéndose con cada movimiento de la historia, porque la poesía es la salud de los dioses.

El mito, la poesía. He aquí una identidad que me parece ineludible. El mito nada quiere demostrar, tan solo quiere mostrar, de igual manera que el poema. Apareció en la admiración atenta por las combinaciones y los enlaces del universo y, por esta vía, liberaba lo simple de la fascinación de la complejidad tal como lo hace el arte. La belleza como intermediaria de lo verdadero. Ciertamente, este proceso ha existido en todas las elaboraciones del hombre donde el espíritu medió con especial energía. El mundo subyugante de los hititas y la agobiadora arquitectura de los egipcios algo nos enseña también, mas allí las formas apuntan hacia un desarrollo revelador; nos encontramos apenas con la sospecha que asedió al hombre, de que algo lo sobrepasaba y de que existían dioses avasallantes —ideas poderosas— que se identificaron con todas las formas de la fuerza. Aquí, al lado de lo arquitectónico se encontraba el mandato de buscar el orden en lo más íntimo. Conócete a ti mismo, como quien dice: sé hombre; nada más que esto, y no pretendas la estatura de los dioses.

La belleza es un anzuelo de la realidad, pero toda verdad tiene una mentira por máscara. De ahí que para los griegos la naturaleza fue un punto de partida y al mismo tiempo un punto de llegada. Su hazaña está en la destrucción de la máscara que nos vela el sentido de las cosas; está en su capacidad de ser lejanos de ellas, pues así como el frío hace con el agua formas simétricas de rara belleza, también la lejanía —una forma de la frialdad— de lo existente, va equilibrando los pensamientos hasta mostrarnos todo en su real hermosura. Sin duda alguna en Delfos no ha cambiado la naturaleza; todo lo que veo es la naturaleza, más una idea, más una distancia descubierta en aquella ordenación que va surgiendo de la lucha por penetrar en nosotros mismos. Una distancia que está principalmente en el arte. Mucho antes que ellos ya otros pueblos habían iniciado la averiguación de la legalidad inmanente en las cosas y en los fenómenos, sin embargo, los griegos inventaron mecanismos tan formidables como la tragedia para inquirir en el inflexible andamiaje del universo moral. Si Prometeo había llenado de voces este teatro para repetirles el peligro de robar los secretos de los dioses, el sino terrible de Edipo, que aquí tantas veces se representó, les mostraba que ninguna de esas leyes que nos superan se puede transgredir ni siquiera con un acto no deliberado.

Los griegos nos enseñaron que la perversidad de la naturaleza radica en el hecho de vivir sumergidos en ella. No estuvieron contra la naturaleza, su "idealismo" no fue más que la realidad elevada en potencia; sus fantasías fueron hipótesis divinas que los conformaron con los poderes fascinantes. Asumieron el misterio que nos rodea y lo convirtieron en un surtidor de la vida y como esta, que es diferenciación, pudieron entender que la poesía también lo era y, como ella, un poder oscuro, pues solo la opacidad del espejo nos puede devolver el mundo. Nos enseñaron que únicamente cuando chocamos con lo imposible hemos encontrado el hilo de Ariadna de la verdad, y que el amor o el odio solo pueden ser suscitados por lo que no podemos destruir.

A lo largo de la Vía Sacra camina Helena acompañada por Juan. En su pelo está todo el sol como una llama dorada. Observo por el movimiento de sus manos que traen una conversación que cada vez se complica más. Cuando Juan me divisa hace una señal, Helena se despide y me mira con un gesto de alegría. Tiene que ascender un largo trecho y recorrer todas las escalas del teatro para llegar a mí; lo hace con esa facilidad que le da una juventud que la distancia de todos mis pensamientos. —Juan dice que tenemos que partir ya para no perder el ferry—. No se cómo ha entendido las explicaciones de nuestro conductor, pero yo se que estoy lejanísimo de ellas. Pendelís me había dicho en Atenas que si mi deseo era permanecer en Delfos, existe un pabellón para artistas sostenido por el Departamento Nacional de Bellas Artes, y él puede hacerme invitar el tiempo que desee. El primer movimiento de la voluntad me sugiere volver a Atenas inmediatamente para obtener la invitación y quedarme en Delfos todo el tiempo posible, gozando del silencio imponente de la vasta montaña en cuya altura moran las ilustres hijas de la Memoria.

Pero no, esto no es posible, Helena no puede entender que yo quiera permanecer el día entero después de haber hecho la minuciosa visita a las ruinas. Juan mucho menos. Noto que está a punto de derrumbarse toda su cortesía cuando le insisto en la palabra griega *abrion* que quiere decir mañana. Desde luego que entiendo muy bien la pérdida de su tiempo porque el negocio está en hacer correr el automóvil el mayor número de kilómetros dentro del menor tiempo posible. Ayudado de un libro mágico que tengo entre el bolsillo (*Manuel de conversation Français-Grec moderne, avec pronuntiation figurée*) logro difícilmente que comprenda que le voy a pagar el día extra. Su avinagrado rostro vuelve a dulcificarse.

El incidente me ha servido para ironizar y para burlarme en forma un tanto despiadada de Helena. Le he dicho estúpida de todas las maneras más o menos veladas que tiene la frustración y ella escucha, entre ingenua y sorprendida, con ese candor y con ese carácter abominable que tiene la naturaleza en sus aspectos más prístinos. ¿Y yo? Yo, grecolatinoamericano, ¿cómo me siento? ¿Cómo me siento frente a estas piedras que han mondado los arqueólogos para estupor nuestro? Me siento como un espantapájaros, hueco, inconsistente, sin capacidad para captar todo el tiempo inmerso que está ante los ojos; el lenguaje que de mí brota es obvio y balbuciente y no puede conectarme con este reino del ruiseñor,

con esta organización del caos en las metamorfosis del mármol, con los vestigios de un esfuerzo poderoso. Ahora la luna cae verticalmente sobre el santuario y yo no puedo proyectar la sombra; estoy hueco ciertamente, ni siquiera la luz se puede reflejar en mí, me traspasa como el aire. Soy un espantapájaros transparente. Este puede ser el principio de la fascinación.

Porque llega un momento en que pienso que, al fin y al cabo, todo no es más que las ruinas mezcladas con el desayuno, el almuerzo y la comida, y que, cuando menos lo pensamos, hemos metido las cosas más extraordinarias en la baraja de la cotidianidad. *Efga melata*, huevos pasados por agua, al desayuno; *¿posso zitate?*, cuánto vale, en las tiendas *enas, dio, tria, téssera, deka, endeka*, uno, dos, tres, cuatro, diez once; *ton katálogo*, la carta al mediodía, en el restaurante, y después *polí kaló, ejcaristó parapolí*, muy bien, muchísimas gracias, al final. Ni siquiera hay que hacer el menor esfuerzo para aprender un sonido nuevo; son los mismos sonidos del español, claros, netos, sin complicaciones guturales. Eso sí, no hay posibilidad de leer los diarios. Pero es terrible comprender que están más cerca de uno, *del alma*, los zapatos, los anteojos, la cámara fotográfica y, desde luego, Helena, que todas estas bellezas de que me veo rodeado. Frente a ellas me siento como dentro de una jaula y quisiera tener alma hasta reventar la carne para penetrar lo que solo llega hasta la pequeñísima placa de la retina.

Decía el poeta: "a los mortales solo convienen cosas mortales". Y estas osamentas devoradas por el tiempo son inmortales, sin que nos quede remedio, y nada podríamos cambiar en ellas así las pudiéramos golpear con un grito como la cola de un paquidermo incandescente. La luna cae sobre ellas, les da su forma nocturna, su áspera claridad de fósforo. Son imposibles, son el muro frente al cual me siento atenazado como el último de los hombres por el poder de la muerte, del amor, de la nada. Bruscamente me posee el ansia de penetrar, de husmear, de vigilar cada pliegue del universo y de sumergirme hasta el fin, hasta no ser más que la vibración de un átomo en una veta perdida de los abismos. Han desaparecido todos los engaños que me he propuesto y ya no soy ni objeto ni sujeto. Se esfuman los análisis, igual que si estuviera sonriendo al demonio frente a un vaso a medio llenar en la mesa de un restaurante. Las palabras desaparecen, desprecian. Las he buscado como un mendigo en solicitud de los más bajos servicios: vanidad de querer atar la pequeña vanidad al movimiento de las estrellas. Sin embargo me ofrecen todas las posibilidades, me permiten sobrepasarme a mí mismo y alzarme hasta ver girar el universo como un pequeño mapamundi; hasta saber que esto no es más que un puntito corroído en medio de la historia planetaria. Y el esfuerzo me hace sentir como un vendaje amarillento arrojado entre los desperdicios de un hospital de suburbio.

Cenamos en el Vouza. Comida internacional, gente internacional. Una botella de Kampá, espeso vino rojo, me sirve para suavizar todos los intersticios del alma y para hacerme olvidar que solo hace unos momentos quería atraer hacia mí todo el dolor y el enigma del mundo hasta sentirlo jadeante, viviente, en su total desnudez, limitado en mi pecho. Ahora escucho a Helena que habla torrencialmente sin parar un segundo.

¿De qué? ¿De qué hablaste, Helena, cerca al templo de Apolo, cerca a las hermosas columnas de Athena Pronaia? ¿De qué? Solamente recuerdo que quería perderme en tus palabras como la hormiga en el huequecito diminuto de un rascacielos.

* * *

Muy temprano fue necesario abandonar a Delfos a la mañana siguiente. Juan estaba preocupado porque no le había sido posible hacer reserva de cupo en el ferry para el automóvil. Pensaba en las grandes congestiones de las temporadas estivales. Fue necesario acomodarnos a su premura. En pocos minutos se desciende la montaña y se llega al Golfo de Corinto y a sus aguas de un azul ultrasensible, de un azul claro, como los ojos de los gatos siameses. Allí esperamos tres largas horas con el automóvil en el primer lugar de la fila, para satisfacción de nuestro querido conductor. Tenemos por meta a Olimpia a donde llegamos al mediar la tarde. La corta travesía entre Itea y Egión fue deliciosa. Las aguas calmas con su color animal apenas mecidas por la brisa.

Lo más encantador que he encontrado en mi viaje por Grecia —fuera del encuentro con Helena, de Lambertville, New Jersey, U. S. A.— es esta mi humilde condición de no ser un helenista y de hallar que casi todo lo que se me va presentando en este museo deslumbrante, no está previamente catalogado en la mente con fechas y con números. Es claro que debe ser estupendo hacer el ajuste de un viaje como este a una realidad erudita, pero me parece que es mucho más grato experimentar el choque de lo inesperado con esa zona del alma que sueña. En todas formas creo que mi especial situación produce un respeto más grande por lo que el hombre hizo en este pasado obsesionante.

De Olimpia muy poco sabía. Las disputas con los compañeros no me permitieron mirar con anterioridad a la llegada los informes de mi *Practical guide*. Los juegos gimnásticos era todo lo que tenía en claro mi niebla cerebral: las olimpiadas panhelénicas, la paz entre los pueblos por intermedio del deporte, es decir, nada, teniendo en cuenta que el deporte no ha sido mi fuerte ni como erudición ni como práctica. No me es posible, pues, hacer en este momento una pausa para elogiar esta noble actividad. De otro lado no tengo notas sobre mis impresiones del momento. Solo me quedan en el archivo sentimental la factura del hotel "Spap" y algunos recuerdos muy vivos. Entre ellos, la visión del Hermes de Praxíteles.

Así, la reconstrucción de las horas pasadas en Olimpia se asemeja mucho al recuerdo de un sueño. La realidad y la imaginación se transvasan; ni lo interior ni lo exterior existen; lo irreparable o precioso están fuera del tiempo y del espacio. No puedo decir si algo sucedió en realidad, o fue fruto apenas de la imaginación inesperada. Mas por este camino todo se convierte en paraíso, en paraíso perdido sin remedio.

Recuerdo que salimos del hotel para tomar una copa de vino en una de las tabernas al aire libre que hay en la calle central de la moderna Olimpia, y que Helena lloró porque yo no estaba interesado en sus opi-

ñones, y porque le dije que alguna vez me había enseñado una linda italiana que sus paisanos eran los más felices de este mundo porque al llegar a su casa, o simplemente al olvidar las humillaciones y los sinsabores cotidianos al lado de una de sus mujeres, esta lo hacía sentir como un dios. Después de llorar fue irónica, e insinuó que mi subdesarrollo de latino no me permitía sostener una discusión sobre lo que verdaderamente era el amor, pues para nosotros, *para todos nosotros*, no pasaba de ser una simple veleidad; en cambio para ella, era algo así como una sumisión, no al hombre sino al amor mismo. La disputa continuó sin consecuencias con todas las sutilezas y repeticiones que produce la embriaguez. El cielo se abría sobre nuestras cabezas como un gran ópalo sin que lo sintiéramos. Al entrar la noche empezó a girar un farol en la tienda del oculista de enfrente y yo creí que más allá había un gabinetito mágico en donde estaban encerradas todas las fantasías.

De repente Helena y yo nos vemos atraídos por un hombre que toma asiento en la mesa siguiente. Ha puesto sobre la mesa dos cajas, una roja y otra negra; abre la primera y de ella extrae un trozo de pan y un puñado de relucientes aceitunas que se dispone a comer. En otras circunstancias lo habría tomado por un vagabundo común y corriente, pero en este momento me es imposible separarlo de un ambiente fantástico. Sus largos cabellos grises, sus manos temblorosas y sus vivísimos ojos circuidos por una leve sombra, tienen un aire fascinador y hasta a Helena le parece que pertenece a un ser salido de la fábula. Nos mira sin recelo y sonríe. Hay una suave resignación en esos labios en los que rebrilla un diente de oro. Come pausadamente y cuando dirige hacia nosotros su sonrisa, golpea en la caja negra como indicando que allí dentro hay algo para nosotros. Han cesado todas nuestras discusiones y todos nuestros problemas. Ahora el espacio que media entre los vasos de vino se llena de conjeturas y de creciente impaciencia. El viejo se relame y nos mira con un gesto a medias diabólico. A su espalda la noche se despierta entre las luces de neón de la calle como un nido de serpientes.

Ahora veo que no hubo nada de extraño, y que todo lo que ocurrió después se encadenó a un lógico desarrollo. El misterio estuvo en nuestro asedio, en aquel vertiginoso espionaje que ejercimos sobre ese rostro surcado de cicatrices espantosas. Mejor dicho —y esto lo comentamos después muchas veces— algo nos produjo miedo: parecía que el mundo se hundía y que súbitamente el viejo se quedaba solo y que sus ojos saltaban hacia nosotros como dos ráfagas oscuras; tuvimos la ilusión de que estábamos presos dentro de los círculos de un designio que no podíamos eludir y que, de un momento a otro, seríamos actores de una tragedia o de una comedia, dirigida por ese mismo ser invisible que había volcado toda la iluminación de la taberna sobre la copa de un gran árbol que resplandecía como la cola de un pavo real.

El viejo finaliza pausadamente su ceremonia tapando la caja roja. Nos mira con una expresión que es todo un discurso y vuelve a golpear en la negra caja que tiene a su lado; avanza un paso y hace una gran venia con la cabeza descubierta. Se detiene bruscamente y se queda mirando mi paquete de "Papastratos". Me apresuro a ofrecerle un cigarri-

llo que agradece con gestos desmedidos; lo mira con detenimiento como si fuera necesario verificar su marca y luego lo aspira como una bocanada de aire fresco. Helena lo insta por medio de gestos a que se siente, y le ofrece su propio vaso de vino. Bebe a pequeños sorbos y nos habla mientras hace caer la ceniza del cigarrillo con un gesto exageradamente elegante. Habla sin parar, mirando con fijeza el cigarrillo y a nosotros nos parece que recitara un poema. De una manera asombrosa la atmósfera se hace más rica.

Abre la caja negra y aparece un violín. Las notas empiezan a brotar ásperamente hasta que una melodía inaudita va anclando con suavidad en el oído. Ejecuta con movimientos amplios, rápidos, inesperados en aquellos miembros temblorosos y frágiles que ahora revelan un increíble poder. Ya estamos en el propio umbral de la maravilla y el vagabundo se convierte en un héroe cuya sorprendente aparición nos sumerge en un charco de oro como la más pura abstracción de la noche. Las notas caen en forma de lluvia finísima; se vuelven un repique salvaje, luego un sonido débil, inquieto, casi sin contornos, que planea en el espacio y desaparece en forma inesperada, para dar cabida a un torrente sedoso que avanza como una aguja, y vira luego bruscamente con una melodía tan delicada que lleva a los límites del desfallecimiento. Es algo que apenas puedo creer. El artista nos mira con unos ojos entornados, cómplices, que dicen algo así: "no siempre se toca de esta manera... no siempre se escucha de esta manera...".

Al terminar pongo un puñado de dracmas en sus manos y los recibe casi desdeñosamente, con la certidumbre de que ha dado algo que no se puede pagar. Desaparece. Creo experimentar que nos ha dejado en cambio su propia tristeza. Helena dice como saliendo de un sueño: "Va a llover dentro de poco...".